

Neoliberalismos y trayectorias de los feminismos latinoamericanos

Sonia E. Alvarez

El desarrollo neoliberal, patriarcal, racista y colonialista ha permitido, facilitado o incluso fomentado ciertas formas o tipos de discursos y prácticas feministas. Pero al mismo tiempo, ha limitado, circunscrito o hasta reprimido o criminalizado otros. Para mostrar esto, quiero analizar la relación entre el desarrollo neoliberal, racista y patriarcal y los movimientos de mujeres y feministas en América Latina en tres momentos diferentes.

El primero coincide con el inicio del neoliberalismo, lo que algunos llaman la fase del fundamentalismo de mercado, donde el mercado es considerado un dios y resolverá todo; y el régimen de Pinochet en Chile, tal vez puede expresar su cristalización máxima. El segundo momento, algunos lo han denominado neoliberalismo multicultural con “rostro humano”, en el cual la intensa explotación de los más pobres, con la intensificación del hambre, por ejemplo, comienza a amenazar al propio capitalismo. En esta fase, empiezan a aparecer las políticas dirigidas específicamente a la población que vive en la miseria, por debajo de la línea de pobreza. Y finalmente, un tercer momento (el actual) que algunos llaman, todavía con cuestionamientos, de post-neoliberalismo, o si se quiere, de neo-desarrollismo, que se conjuga, en algunos casos, con el regreso del nacionalismo popular (popular ahora a menudo entendido como multiétnico e inter-

cultural) y que también muchas veces muestra continuidades significativas con el modelo de acumulación capitalista por desposesión.

“Ejército invisible”

Durante la primera fase del neoliberalismo, la del fundamentalismo de mercado, las mujeres, especialmente las pobres y pertenecientes a grupos raciales subalternos, constituían una especie de “ejército invisible” que garantizó la supervivencia de las familias y las comunidades frente a la dramática caída de los salarios populares y de los servicios públicos provocada por el ajuste estructural. Como sabemos, las políticas de ajuste llevaron a las mujeres de la clase trabajadora y a los pueblos indígenas y afrodescendientes a organizar y dirigir luchas comunitarias por la supervivencia y contra el proceso de acumulación brutal y militarista del capitalismo de esta primera fase, en especial durante la llamada “década perdida” de los años 80.

El militarismo de esa primera fase también llevó a las mujeres a liderar las luchas por los derechos humanos en toda nuestra región. Las semillas de los feminismos populares que hoy se extienden por América Latina ya estaban en esas luchas de las mujeres y los grupos raciales subalternos de los años 70 y 80. Estas luchas populares, como otros feminismos que (re) surgen durante esta fase, evidentemente, se negaron a tener cualquier relación con el Estado militarizado.

A su vez, el neoliberalismo en su primera etapa tenía solamente utilidad instrumental para los movimientos de mujeres, sustentándose en las mujeres de clases populares para im-

Sonia Álvarez es doctora en ciencia política, profesora de la Cátedra Leonard J. Horwitz de Políticas y Estudios de América Latina y directora del Centro de Estudios sobre América Latina y el Caribe de la Universidad de Massachusetts en Amherst (EEUU).

plementar los llamados programas sociales de “emergencia”, que intentaban absorber la resistencia a la *doble dictadura*: la dictadura política y de mercado. La gran mayoría de militantes feministas y de movimientos populares, no obstante, se unió a las filas de la oposición al autoritarismo y al modelo de crecimiento orientado al mercado.

Neoliberalismo con “rostro humano”

La segunda fase del neoliberalismo coincide en muchos países de la región latinoamericana, con las llamadas “transiciones democráticas”, que colocan en el poder a sectores de centro-derecha de oposición a las dictaduras militares, pero que, en general, continuaban abrazando la dictadura del mercado. En ese momento se produjo un intenso debate entre militantes feministas que decidieron participar en el Estado neoliberal democratizado en un intento por promover políticas favorables a las mujeres y otras que se afianzaron en la oposición, reprobando las continuidades político-económicas y culturales entre los gobiernos post-autoritarios neoliberales y las dictaduras que les precedieron.

Esta disputa fue especialmente feroz, dada una especie de “angustia estratégica” o verdaderas “paradojas políticas” generadas por lo que, siguiendo a Evelina Dagnino (2004), podríamos llamar como “confluencia perversa” entre, por una parte, las conquistas reales de algunos elementos de la agenda feminista en América Latina y por otra, la “Nueva Agenda de Lucha contra la Pobreza” (*New Poverty Agenda*), promovida por las instituciones financieras internacionales en este segundo momento del neoliberalismo global.

La Agenda Neoliberal contra la Pobreza consideraba que un enfoque tecnocrático “con perspectiva de género” sería crucial para aumentar el “capital social” de las mujeres, especialmente las mujeres pobres y racializadas. Y el capital social femenino, a su vez, pasó a ser visto como esencial para integrar a las mujeres a un “desarrollo de mercado” más eficaz y eficiente (palabras clave del neolibe-

ralismo II). Fue una época de proliferación de políticas enfocadas a los llamados grupos “vulnerables” -como las mujeres pobres, los grupos subalternos racializados-.

Así, los programas sociales de emergencia “focalizados” pasaron a ser permanentes en este segundo momento. Y es precisamente en esta coyuntura que el neoliberalismo va a usar una máscara más “humana”, multicultural y participativa. Y llama a las “organizaciones de la sociedad civil” -incluyendo algunas organizaciones feministas profesionalizadas- a ser “socias en el desarrollo y la democratización”. Y, en su calidad de “*especialistas en género*” (o *generólogas*...), muchas pasaron a administrar los proyectos dirigidos a las mujeres consideradas más “vulnerables” por el neoliberalismo globalizado.

En muchos países de la región, podemos decir que estos sectores del feminismo se consolidaron y se volvieron dominantes, si no hegemónicos, durante esta segunda fase del neoliberalismo. Y los feminismos y otros sectores de los movimientos de mujeres y populares que continuaron levantando críticas cada vez más contundentes a lo que en Chile se llamó “*el modelito*” perdieron visibilidad política y sus prácticas y discursos críticos quedaron cada vez más circunscritos y deslegitimados, como famosamente los llamó FHC (Fernando Henrique Cardoso, entonces presidente de Brasil), “*neobobismos*”. Entre los deslegitimados y silenciados estaban importantes sectores de los movimientos indígenas y negros, que actuaban hacia varias décadas en la región, pero que en realidad proliferaron y ganaron espacio social y cultural durante los años 90. Por esta razón, el neoliberalismo, en su segunda fase, también muchas veces se declaró “multicultural”.

En un intento por apaciguar lo más combativo y transgresor en estos movimientos, el neoliberalismo promueve, en esta etapa, algunas políticas para “integrar” mejor a los pueblos indígenas y afrodescendientes a la “ciudadanía de mercado” (o la ciudadanía mercantilizada, como la llama la Marcha). Es decir, algunas de las *conquistas reales*, producto de

estas luchas antirracistas también “convergiéron perversamente” con la *mercantilización de la ciudadanía multicultural* promovida por el neoliberalismo en su segunda fase.

Por lo tanto, esta fase permitió la articulación de demandas más “civiles” o cívicas por algunos sectores de movimientos indígenas, por ejemplo, especialmente aquellos que encarnaron o por lo menos “*performaron*”¹ lo que Hale y Millamán han llamado el “indio *permitido*”, “una categoría identitaria que resulta cuando los regímenes neoliberales reconocen activamente y abren espacio para la presencia indígena colectiva”, mientras que separan “los derechos admisibles de aquellos prescritos, aquellos aceptablemente moderados de aquellos que amenazarían una transformación social radical” (2006, 284 y 301).

Quiero enfatizar que *no estoy proponiendo un binarismo rígido entre lo permitido y lo no permitido*. Simplemente quiero señalar dos caras del activismo que a veces encontramos en una misma persona, dos caras que se mezclan y entrelazan en una misma militante, una misma organización, un mismo movimiento.

Feminismo 2.0

En el momento actual, está claro que vivimos una reconfiguración de los campos políticos y de los movimientos sociales, lo que genera nuevas angustias estratégicas y nuevas paradojas políticas. Por un lado, tenemos la expansión geométrica de los feminismos populares, negros, indígenas, lésbicos, *trans*, jóvenes, etc. Un feminismo cada vez más “de masas”, un “feminismo 2.0”, como dice el sitio web de la Marcha en Brasil. Y por otro lado, vemos la consolidación de proyectos y gobiernos democrático-populares, de izquierda y de centro-izquierda, y de feminismos que se articulan con estos proyectos populares muchas veces a través de la “auto-organización” de las mujeres en los más diversos movimientos y espacios políticos.

1 NdT: En el sentido de interpretar, actuar, representar.

En la coyuntura actual, quiero sólo destacar algunas preguntas que tal vez puedan ser aprovechadas en los debates de la Marcha. En primer lugar, parecería que la proliferación de gobiernos de izquierda o de centro-izquierda en la región, desde finales de los años 90, habría aumentado el espacio político para los sectores de los feminismos y movimientos de mujeres que quedaron invisibilizados y hasta criminalizados durante el segundo momento neoliberal. Y en algunos casos, como en Bolivia, también se abrió espacio a las organizaciones de mujeres vinculadas a los movimientos indígenas. Sin embargo, algunas militantes y observadoras académicas insisten en que estos proyectos y gobiernos muchas veces todavía comparten las suposiciones maternalistas que guiaron las políticas “con perspectiva de género” de la segunda fase neoliberal y por lo tanto continúan patriarcales al mismo tiempo que absorben algunas de las demandas feministas que serían más consonantes con el modelo post- neoliberal y/o neo-desarrollista.

Se plantean las siguientes cuestiones en la coyuntura actual: ¿hay “confluencias” entre las agendas de algunas corrientes feministas, los diversos sectores de los movimientos populares, negros e indígenas, y los gobiernos democrático-populares de hoy en día? ¿Aparecen nuevas “perversidades” en función de esas confluencias? ¿Cuáles son las principales “virtudes” que podemos identificar en las confluencias actuales entre los feminismos, los movimientos étnico-raciales, y los gobiernos de (centro) izquierda y democrático-populares? ¿Qué angustias estratégicas y paradojas políticas caracterizan la militancia en este tercer momento? ¿Qué discursos y prácticas feministas son permitidas y no permitidas en el momento actual? ¿Cómo superar estos aparentes binarismos políticos y enfrentar nuestras inevitables paradojas con más contundencia?

Quiero terminar subrayando que enfrentar nuestras paradojas -en lugar de la práctica mucho más común que consiste en camuflarlas o anularlas- es vital para los movimientos feministas y de mujeres, al igual que para

pase a la página 16

Igualdad de género en la economía:

Empleo, responsabilidades familiares y obstáculos socio-culturales

Helena Hirata

Crisis económica, globalización y división sexual del trabajo

Si bien existen muchos análisis sobre la crisis económica mundial, hay muy pocos sobre los impactos diferenciados según los sexos, es decir, distinguiendo las consecuencias de la crisis para mujeres y hombres. Un análisis global se torna difícil por el impacto extremadamente desigual de la crisis según los países que constituyen el sistema económico mundial. Sin embargo, se puede decir que la crisis de los mercados financieros, la crisis bancaria, la crisis económica propiamente dicha y la crisis social redundaron en tendencias hacia la precarización y el desempleo que afectaron desigualmente la mano de obra masculina y femenina.

Las mujeres son mayoritarias en las situaciones de desempleo, particularmente de desempleo oculto. Y a la precarización del trabajo de las mujeres se suma la precarización familiar: ambas requieren ser analizadas conjuntamente. A estos dos factores se suma la vulnerabilidad sexual: el ejemplo de las mujeres sin techo de Tokio ilustra bien esa conjunción. El 8 de marzo de 2009, las mujeres sin techo que estaban bajo cajas de cartón en el jardín de Ueno fueron acosadas por hombres que pasaban y les decían: *ah, ¿Uds son mujeres? ¿Y porque no se prostituyen en vez de vivir bajo cartones en el parque? Es más fácil y mejor.* A la violencia económica se unía la violencia sexual hacia las mujeres, a lo que ellas respondieron creando la «red de mujeres pobres» en Japón, que incluye no sólo a las mujeres

sin techo, sino también a las mujeres jefas de familia.

Por otro lado, el proceso de globalización, si bien creó más empleos para las mujeres, tanto en los países capitalistas desarrollados como en los países denominados «en vías de desarrollo», creó empleos vulnerables y precarios que acentuaron la división sexual del trabajo y las desigualdades sociales, no sólo de género, sino también de clases y de razas. Las privatizaciones, la disminución de la protección social, la reducción de todos los servicios públicos, que comenzaron con el ajuste estructural de los años ochenta y son la tendencia actual, tanto en los países del Norte como del Sur, tienen como consecuencias no sólo la disminución del trabajo decente para mujeres y hombres, sino también la explotación creciente del trabajo gratuito de las mujeres en la esfera doméstica y familiar.

Nuevas configuraciones de la división sexual del trabajo

En lo referente a la división sexual del trabajo profesional a nivel internacional, hay tres aspectos relativamente recientes que son parte de las nuevas configuraciones de la división sexual del trabajo:

- La bipolarización del empleo femenino
- El cambio en los modelos de “conciliación” entre vida familiar y vida profesional
- La división sexual en el lugar de trabajo

La bipolarización es resultado, en parte, de los procesos que se desarrollan en la esfera educacional. Las mujeres son más instruidas y más diplomadas que los hombres prácticamente en todos los niveles de escolaridad y en todos los países: punto de convergencia entre países de capitalismo avanzado (Norte) y semi-industrializados (Sur). Presenciamos el desarrollo de un polo constituido por mujeres ejecutivas y profesionales con diplomas de nivel superior. Ese polo, que se constituyó sobre todo a partir de los años noventa, representa aún un porcentaje muy reducido, pero que va en aumento. El otro polo es constituido por mujeres asalariadas en sectores tradicionalmente femeninos: empleadas domésticas y jornaleras, sector de la salud (auxiliares y técnicas de enfermería), la educación (principalmente maestras de pre-kinder y de primer grado), prestación de servicios (por ejemplo, profesionales del cuidado), comercio (vendedoras, cajeras). La consecuencia política de esta bipolarización es el aumento de las desigualdades sociales y del antagonismo en el interior del grupo social de las mujeres.

Modelos de conciliación vida profesional - vida familiar. Esta bipolarización es uno de los factores del actual cambio en los modelos de conciliación vida familiar-vida profesional: las mujeres ejecutivas con puestos de responsabilidad y con carrera sólo pueden trabajar si otras mujeres aseguran las tareas domésticas y de cuidados. De allí la formidable fuerza política potencial de las empleadas domésticas, jornaleras, nodrizas y cuidadoras/es de ancianos, de personas con deficiencia física o mentales, de enfermos crónicos (las personas vulnerables).

- El modelo tradicional: el hombre es proveedor y la mujer cuida la casa y los hijos.
- El modelo de conciliación: la mujer trabaja fuera, pero concilia el trabajo profesional con el trabajo doméstico. El hombre no concilia, no hay exigencias en ese sentido por parte de las instituciones de la sociedad o de las normas sociales.
- El modelo de asociación: hombres y muje-

res comparten las tareas domésticas y de cuidado de la familia. Pero la coparticipación supone igualdad y ausencia de relaciones de dominación. ¿Se puede decir que esas condiciones existen?

- El modelo de la delegación: la mujer delega a otras mujeres el cuidado de la casa, la familia, los niños. Esta tendencia de recurrir a la empleada doméstica, tradicional en los países de América Latina, es más reciente en Europa o en Estados Unidos, donde se recurre cada vez más a la migración internacional de mujeres asiáticas o latinoamericanas. Los intensos flujos migratorios del Sur hacia el Norte instauran una verdadera «globalización de la cadena de cuidados». Desde fines de la década de los noventa, en los países del Norte, el número de mujeres migrantes superó el de los hombres migrantes.

La división sexual del trabajo en el lugar del trabajo

Encontramos diversos fenómenos relacionados con el lugar del trabajo:

- La reproducción de la división sexual del trabajo en los cuidados: el 90% o más de los trabajadores del cuidado son mujeres, tanto en los países del Norte como del Sur.
- Existen cambios incipientes en la división sexual del trabajo en algunos sectores, como la construcción civil o los transportes colectivos (conductoras de autobuses), donde el porcentaje de mujeres es aún poco significativo, pero con alguna tendencia al crecimiento en países tan distintos como Francia o Brasil.
- La masculinización de la profesión de enfermería en hospitales como consecuencia de los cambios tecnológicos y del uso de equipos computadorizados para cirugías, scanners, resonancia magnética, etc.
- La feminización de profesiones médicas en áreas como dermatología, pediatría, etc., donde las mujeres son asalariadas en clínicas y hospitales y no profesionales libera-

les con consultorio propio, como es el caso de ciertos hombres médicos. Las mujeres ocupan campos de la medicina con horarios que permiten «conciliar» vida familiar y vida profesional. Pocas están en el área de urgencias o cirugía, profesión prestigiosa y con altos salarios.

- Persistencia de las desigualdades: raras son aún las gerencias femeninas en la industria, donde ellas enfrentan dificultades con subordinados del sexo masculino. Las mujeres también siguen siendo poco favorecidas por las formaciones profesionales en comparación a los hombres. Se debe notar la importancia de las políticas públicas en ese campo de la formación y en el de la feminización de profesiones tradicionalmente masculinas.

Obstáculos socio-culturales para una efectiva igualdad de género

El ejemplo del trabajo de cuidados es paradigmático de los obstáculos para una real participación mixta e igualitaria de hombres y mujeres en tareas que deben ser asumidas por toda la sociedad, y no sólo por las mujeres; pues todos son vulnerables en algún momento del ciclo de vida, contrariando el modelo centrado en el hombre blanco, calificado, en la flor de la vida, saludable, etc.

Los obstáculos para una participación igualitaria de hombres y mujeres en el trabajo doméstico y de cuidados son numerosos:

- El no reconocimiento del trabajo de cuidado como trabajo. Bajo prestigio social de un trabajo no reconocido socialmente. Muchas cuidadoras, asimiladas a las empleadas domésticas, o con el estatus de éstas, no gozan de todos los derechos laborales. Hay una necesidad de profesionalización de esa actividad, y el ejemplo de países que están profesionalizando esas actividades con una visión de creación de nuevos empleos, como Francia, muestra como esta profesionalización es posible.
- El no reconocimiento salarial, monetario.

Los hombres dicen que siendo proveedores, no pueden permanecer en un sector con salarios tan bajos. Sostener la familia, poder casarse, depende de ese reconocimiento monetario. Las mujeres, jefas de familia y también proveedoras en proporciones significativas en prácticamente todo el mundo, también necesitan de mejores salarios.

- La imagen de la cuidadora como teniendo vocación para hacerlo sin contrapartida, el amor, la preocupación, no corresponde a la imagen del hombre viril que no está dispuesto a realizar un trabajo emocional.

Rol de las políticas públicas en la economía de los cuidados

Necesitamos pensar en una «nueva ecuación entre Estado, mercado y familia». Nuestra hipótesis es que existe una interdependencia entre los actores citados. Lo ilustramos nuevamente con el trabajo de cuidados a partir de una comparación internacional Brasil-Francia-Japón, que forma parte de una investigación en curso sobre «Teorías y prácticas del cuidado en una perspectiva comparativa».

En el caso de Francia, vemos la implantación de numerosas políticas públicas que son simultáneamente políticas de empleo, con subsidios como la APA (subsidio personalizado de autonomía) para los ancianos y la reducción de impuestos para quienes emplean trabajadores domésticos y de cuidados.

En el caso de Japón, el gobierno paga un 90% del servicio efectuado en el cuidado de ancianos y el receptor del cuidado 10%. El mercado participa en función de la autorización que el gobierno concede a las empresas privadas para el suministro de los servicios de cuidados.

En Brasil, las políticas públicas para los más necesitados, que a través del Programa de Salud de la Familia crean nuevos oficios como los ACS -agentes comunitarios de salud- o los APS -agentes de protección social-, proporcionan cuidado a los niños y a los ancianos, como parte de la prevención en salud del conjunto de

los miembros de la familia visitada. En la ciudad de São Paulo, la Secretaría Municipal de la Salud creó un Programa de Acompañamiento de Ancianos con 150 cuidadores remunerados por el gobierno municipal. Tales programas municipales existen en otros países, como por ejemplo en Argentina o Suecia.

En los tres países citados, el Estado se apoya en los órganos municipales para ejecutar su política; al nivel del mercado, las instituciones de larga estadía para los ancianos, de carácter privado, coexisten con agencias creadas por empresarios individuales y oferta de mano de obra de empleadas domésticas que fungen de cuidadoras de ancianos; también en los tres países, las ONGs tienen una actuación significativa en el terreno de los cuidados, así como los voluntarios, que en Brasil, desde instituciones filantrópicas, aseguran una parte de las tareas que esas instituciones no están en condiciones de mercantilizar.

Conclusión

Anhelamos cambios en la actual división sexual del trabajo, porque se trata de una división desigual que discrimina a las mujeres y está lejos de configurar la igualdad de género que queremos. Creemos que la división sexual del trabajo profesional no puede cambiar, sin modificar la división sexual del trabajo doméstico y la división sexual del poder y del saber en la sociedad. Los obstáculos para ese cambio son numerosos. Ya nos hemos referido

a algunos de ellos a través del análisis del trabajo del cuidado. Podemos decir que los privilegios de los que los hombres disfrutaban hoy en la división actual del trabajo doméstico y profesional, y que los hombres, en tanto grupo social, quieren mantenerlos, son un obstáculo poderoso. Muchas veces actúan a favor del grupo social de los hombres, los partidos, los sindicatos, las instituciones como los medios de difusión, la escuela, la empresa.

¿Qué podemos hacer para cambiar esta situación? Podemos mencionar el ejemplo de ciertas políticas públicas y sociales para alcanzar una mayor igualdad de género, que están incorporadas a la convención de la OIT sobre el trabajo doméstico. Se debe siempre luchar -y es el papel de los movimientos sociales, como de los movimientos feministas y el movimiento sindical- para que las prácticas sociales correspondan plenamente a la legislación. La cantidad de empleadas domésticas embarazadas que son despedidas, a pesar de la ley que garantiza el derecho al empleo de las mujeres embarazadas, es un ejemplo de esa brecha entre la legislación vigente y las prácticas de los actores. (Traducción ALAI) ◀

Helena Hirata, investigadora brasileña, Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS), Francia. (Texto sobre el tema presentado en el 9º Encuentro de la MMM. Una primera versión de este artículo fue preparada para el Congreso de la CEPAL, Brasilia, 2010).

Neoliberalismos y trayectorias...

viene de la página 12

16

todos los movimientos sociales, porque las contradicciones y los conflictos que generan muchas veces pueden ser muy productivos, provocando auto-reflexiones y reflexiones críticas que con frecuencia revitalizan y fortalecen los movimientos. Propongo, por último, que las paradojas son lo que realmente hace a los movimientos moverse. (Traducción: Carmen Diaz Alba)

Referencias Citadas

Dagnino, Evelina. 2004. "Conflência perversa, deslocamentos de sentido, crise discursiva." In *La cultura en las crisis latinoamericanas*, editado por Alejandro Grimson. Buenos Aires: CLACSO.

Hale, Charles R. , and Rosamel Millamán. 2006. "Cultural Agency and Political Struggle in the Era of the Indio Permitido." In *Cultural Agency in the Americas*, editado por Doris Sommer, 281-304. Durham, NC: Duke University Press.